

MARIA ROSA OLIVER

A los setenta y siete años ha muerto, en Buenos Aires, María Rosa Oliver. No es mi amistad con ella, sino la admiración por un ejemplo casi único de la República de las Letras latinoamericana, la que motiva estas líneas. Ese nombre puede ser desconocido de muchos ya que ella, que escribió incansablemente en revistas y diarios de Argentina y América (fue ella, junto a Victoria Ocampo, una de las fundadoras de la revista Sur) no se cuidó demasiado de reunir esa tarea en libros. Hasta creo que eso era lo que menos le interesaba de las letras, prefiriéndole siempre el diálogo, la indagación viva de los demás seres humanos, la tarea concreta y real de los hombres y así se lo percibe en los artículos y declaraciones que hiciera ~~xxxxxxxxxxxx~~ cuando la publicación de las Memorias de Waldo Frank, que fue uno de sus grandes amigos, evocando ese período de los años treinta.

Pertenecía esa actitud a uno de los componentes de su fascinante personalidad, pues ella nació en 1900 en el seno de una familia patricia argentina, de ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ las que viven la historia de una nación desde su intimidad, en un modo familiar y oligárquico que constituye un estilo. María Rosa recordaba una conversación que oyó de niña a sus tías viejas, en la cual ellas evocaban a la familia ya muerta, diciéndole una a la otra: "A ese pobre Remedios, el tenientillo ése con quien se casó, la soterró en la provincia" y solo años después comprendió que el "tenientillo" era el general San Martín que posiblemente poco tiempo podía dedicar a su mujer cuando procuraba libertar la mitad de América del Sur al frente de su tropa. Ese estilo, que hizo el sabor de los libros de Lucio Mansilla, también resplandece en los dos volúmenes de memorias escritos por María Rosa Oliver: Mundo, mi casa (1965) y La vida cotidiana (1969).

Pero la perspectiva desde la cual están escritos es muy otra pues este ser destinado al patriciado argentino encontró, en la infancia, un signo cruel y decisivo: la enfermedad, la parálisis que la condenó de por vida a vivir en una silla de ruedas. Sin patetismo y con sencillez cuenta en su libro cómo le sobrevino hacia los diez años la enfermedad, la recorrida del mundo procurando le cura que emprendió su padre, el nacimiento de esa nueva mirada que percibía la vida de los criados y de los peones de la estancia, la existencia del dolor y de la injusticia en el mundo. Para los simplistas y nefelibatas, incapaces de comprender la positividad que el ~~sufrimiento~~ sufrimiento puede aportar a nuestras vidas y el enriquecimiento espiritual que gracias a él puede alcanzarse, María Rosa Oliver se constituyó en una lección moral, pues desde esta disminución fi-

sica descubrió a los demás seres humanos, aceptó la vida con sus gracias y sus penas y la vivió intensa, generosamente. La vivió resplandecientemente. Su silla de ruedas que parecía condenarla para siempre a su casa la llevó trotando por el mundo entero. Pocas americanas han viajado más, conocido más diversos seres, participado tan ardientemente de las vicisitudes del planeta, siempre desde una ~~análisis~~ conciencia moral, mucho más que política. El premio Lenin de la Paz recompensó su lucha por la concordia universal y si hubiera uno similar religioso debería habersele dado por su desvelo por la causa de la nueva Iglesia latinoamericana. Allí donde se reclamaba una ayuda, un respaldo para la justicia, allí estaba ella, con su cara inquisitiva, siempre sonriente, su curiosidad, su gusto por la plática, su vitalidad.

No tengo a mano sus cuentos y sus artículos desperdigados, ni tampoco tengo ganas de hacer un balance literario. He vuelto a mirar, en cambio, Mundo, mi casa, el primer volumen de sus memorias que yo le vi escribir en su tradicional casa del barrio norte, en Buenos Aires, la paredes recubiertas de grandes cuadros de escuelas pictóricas española e italiana (los que compraban los patricios en sus viajes a Europa), las fotos de su parnaso de amigos rodeando su escritorio y puedo reiterar mi juicio de hace diez años acerca de su excelencia literaria. Es de la mejor literatura memorialista, escrita con lucidez y con humor, el pasado registrado con precisión (el vestido que usaba la niña Victoria Ocampo cuando la conoció), la escritura siempre viva y acechante. Y si ella está dentro de este libro no es por excesiva atención por sí misma, ~~si~~ (al contrario, ~~pero~~ habla poco de sí misma) sino porque está presente su mirada sobre las cosas y los seres humanos, el fluido de su personalidad poniendo una aureola a la existencia. Es su descubrimiento del mundo y el goce casi embriagador que ~~ello~~ le producía, lo que permite rescatarla viva de la lectura de este volumen, al tiempo que se va recorriendo en un documento excepcional la manera de vivir de una clase, de la que ella se aleja y a la que contempla entre indulgente y crítica.

Si ella ~~tipificó~~ <sup>tipificó</sup> lo que, a la manera francesa, pudiérase definir como una "femme de lettres" a quien se debieron incesantes iniciativas y la animación constante de una cultura altamente refinada como la argentina, hoy es ella misma, la riqueza que su presencia aportaba a nuestra cultura, la dignidad y la humanidad que ella testimoniaba, la sempiterna luz sobre el almud, ~~la~~ <sup>la pérdida</sup> ~~que~~ que es difícil aceptar pasivamente. Porque su muerte nos ha empobrecido.